

Retrato. Oleo por Marco Bontá.

SALON OFICIAL DE ARTES PLASTICAS

Mientras estaba cavilando sobre la misión que el señor Decano de la Facultad de Bellas Artes me hizo el honor de encomendarme de escribir sobre el Salón Oficial de Bellas Artes de 1937 y preguntándome si no había sido algo

imprudente al aceptar esta misión, encontré en mi escritorio un libro que, providencialmente, había venido a parar ahí; lo abrí y lo hojeé maquinalmente como se suele hacer, cuando una preocupación embarga el espíritu. En este

libro había un extracto de los «Recuerdos» del genial escritor francés Henri Duvernois, que desgraciadamente para las letras francesas y mundiales acaba de morir prematuramente; y mis ojos tropezaron en la frase siguiente que traduzco: «...No hay que proceder como ciertas personas que recorren a galope las salas de una exposición de pintura y salen a la calle declarando: ¡No hay nada que ver!» «Pues bien—dice Duvernois—siempre hay algo que ver, pero lo que hace falta muy a menudo es «saber ver». Al leer estas líneas pense inmediatamente en los juicios severos, despectivos y en muchos casos, perfectamente injustos que han sido emitidos sobre este Salón Oficial por ciertas personas que han abierto cátedra de críticos de arte. Como tengo que creer en la buena fe de estas personas, porque no tengo el derecho de dudar de ella, debo atenerme a lo que dijo Duvernois: no han visto, por ceguera o miopía, o con mayor probabilidad, porque no han «sabido» ver, ya que rechazo la idea que no han «querido» ver. ¿Cómo, de otro modo, sería posible que se trate con tanto desprecio una exposición de bellas artes que, aun prescindiendo de las secciones tradicionales del llamado «arte puro»: pintura y escultura, presentó—interesantísima novedad en Chile—secciones de Grabado en medallas, xilografía, cerámica, frescos, tapices y fotografía artística. Estas solas secciones deberían bastar para asegurar el interés y el éxito de una exposición de arte....

Acabo de escribir: «aun prescindiendo de las secciones de «arte puro», pero es el caso que, preci-



Autoretrato. Oleo por Augusto Eguiluz.

samente, este año, estas secciones ofrecieron un interés muy grande, pues en esta forma merece ser juzgada una exposición que presenta «panneaux» enteros de don Pablo Burchard, don Julio Ortiz de Zárate, don Marco Bontá, don Jorge Rössner, don Luis Strozzi, don Laureano Guevara, doña Rebeca Mayanz, don Jorge Caballero, don Jorge Madge, don Jorge Letelier y en la sección de escultura don Lorenzo Domínguez, don Julio Antonio Vásquez y don René Román Rojas, artistas todos definitivamente y con justicia consa-

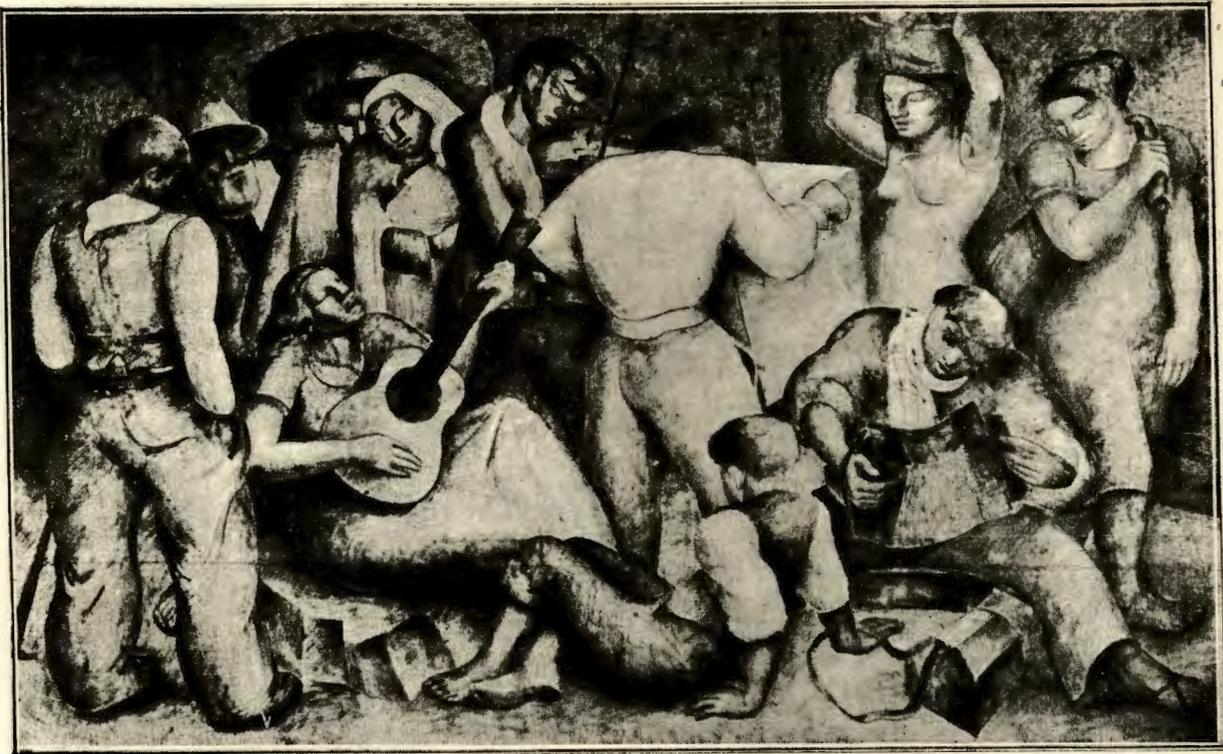
Naturaleza muerta.

Oleo por Julio Ortiz de Zárate.



grados. La sola enumeración de estos expositores basta para mostrar, además del valor de las obras presentadas, la gran variedad de los estilos y de las maneras, condición primordial—cualesquiera que sean los gustos y las ideas de los visitantes de una exposición—para evitar la monotonía y por ende el aburrimiento.

Al pasar en revista todas las salas del Salón de 1937, no «a galope»—como decía Duvernois—sino con calma e interés *benévolo*, pues no entiendo como se podrían juzgar con otro criterio, obras de arte ejecutadas con sinceridad y honradez a condición, naturalmente, que existan estas condiciones, me ocuparé con mayor detenimiento de las obras de los expositores que acabo de señalar y también de sus compañeros y compañeras, pero lo haré en forma general, estudiando las tendencias, la evolución y los progresos, más



Proyecto para fresco por Gregorio de la Fuente.

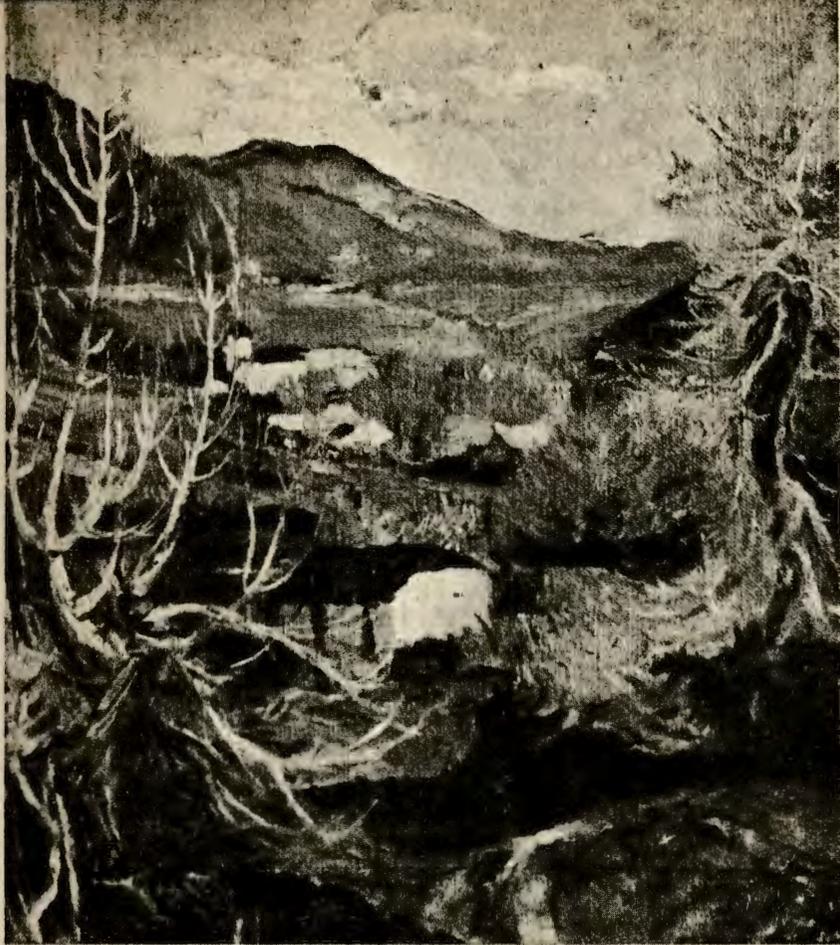
que los detalles de las obras presentadas por ellos, ya que, debido a la circunstancia de que, cuando aparezca este artículo, el Salón Oficial habrá cerrado sus puertas y que, por consiguiente, no habrá posibilidad para los lectores de ir a ver las obras especialmente señaladas y de juzgar, a su turno, los juicios y las opiniones del crítico. Pero antes de empezar esta revista no debo olvidar el compromiso contraído para conmigo mismo y todos los lectores de mis artículos, de nunca más escribir sobre cuestiones artísticas sin repetir con tenacidad y porfía mi «Delenda est Cartago» que no es sino insistir sobre la necesidad, que cada vez aparece más imprescindible, de edificar un pabellón especial para exposiciones, ya que, cada vez también, se puede ver hasta

que punto son fatales para las obras exhibidas, las salas que, anualmente son puestas a la disposición de los organizadores de los salones, por ser las únicas que existen en Santiago para este objeto. La comisión del IV Centenario de Santiago, de la cual tengo el honor de formar parte y a la cual presenté la idea de la edificación de un pabellón de exposiciones, adoptó esta idea por unanimidad y con entusiasmo, pero, desgraciadamente pasado el primer momento, no se habló más del asunto. ¿No sería tiempo de resucitarlo?

Este año más que nunca, la luz de día, cambiante según las horas, y, en todo caso, muy desigual entre las cuatro paredes de las salas, siendo en unas muy brutal y en otras, apagada y muerta,

ha sido fatal, como acabo de decirlo, para la mayor parte de las obras exhibidas, siendo especialmente víctimas de ella los admirables retratos del eminente pintor alemán don Jorge Rossner, que cuando recibían sólo la luz del día, es decir, durante casi toda la tarde, desaparecían para volver a aparecer únicamente, cuando se daba la luz eléctrica.

Esta desagradable circunstancia me servirá, sin embargo, de transición para empezar el recorrido a las salas del Salón, ya que el más elemental deber de cortesía me obligaría—si no hubiera otro motivo—a dirigir un saludo de bienvenida a dos distinguidísimos artistas extranjeros que, desde algunos meses, prestan sus valiosos servicios en diversas reparticiones del Estado: el señor Rössner que



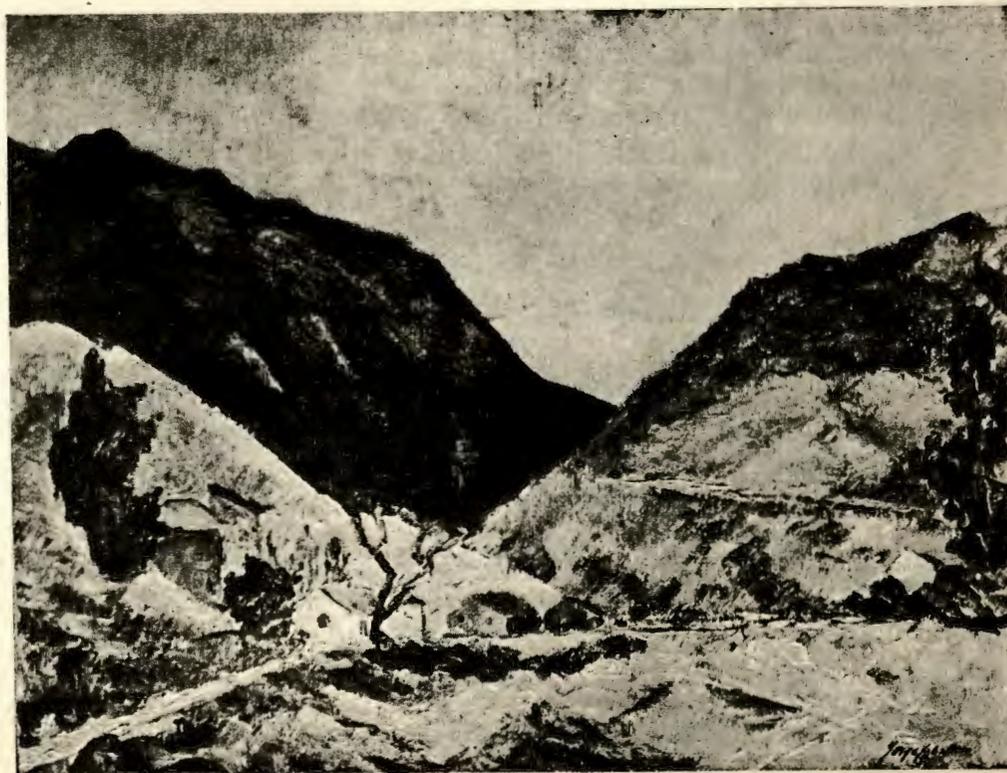
Paisaje. Oleo por Antonio Valenzuela.

como obra nueva, nos ofreció un retrato de la distinguida pintora, señora Raquel González, de igual estilo que el anterior y en que supo sacar espléndido partido de la belleza y de la gracia del modelo.

En cuanto al señor René Thenot, cuyo talento sobresaliente de grabador en medallas ha sido reconocido y consagrado en París, por la obtención entre otras distinciones de uno de los tradicionales premios de Roma, magnífica coronación de los estudios superiores de la Escuela de Bellas Artes de París, estuvo representado en el Salón Oficial por una serie de medallas, presentadas en un solo marco, que, sin vacilación, pueden ser calificadas de pequeñas obras maestras. Casi todas estas medallas son interpretaciones maravillosas de fieras africanas, leones, panteras, rinocerontes, elefantes, gacelas, serpientes y otras que el señor Thenot

acabo de nombrar y el grabador en medallas, francés, señor René Thenot, contratado en la Casa de Moneda chilena.

El señor Rössner, actualmente profesor de la Escuela de Bellas Artes de Santiago, como lo es de la de Berlín, se ha dado a conocer en forma espléndida, en una exposición de sus obras, organizada hace poco, en la Escuela de Bellas Artes, en la que se reveló como un retratista de gran estilo; en el Salón recién clausurado, volvió a presentar varias de las telas exhibidas en dicha exposición y particularmente el admirable retrato de don Carlos Humeres Solar y



Paisaje. Oleo por Jorge Caballero.



Escultura por Lily Garafulic.

conoce a fondo, ya que, al terminar sus estudios artísticos en París, pasó, por motivos particulares, varios años en Africa, en la región de la Zambesia. Este solo grupo de medallas del señor Thenot bastaría para afirmar la superioridad del Salón y darle un carácter especial por su novedad, siendo muestras de primer orden de un

arte que, hasta ahora se puede decir que casi no ha sido practicado en Chile. Del mismo modo, que el «panneau» del señor Rossner, la presentación del señor Thenot adoleció del defecto de la mala luz de la sala en que se encontraba, defecto que, por otra parte, no fué de ningún modo, imputable a los organizadores del Salón, sino

a las malas condiciones de las salas.

Ya que, contrariamente a la costumbre, es con una de las secciones de artes aplicadas, la del grabado de medallas que principié este artículo sobre el Salón, seguiré con las otras secciones de estas artes antes de ocuparme de la pintura y de la escultura; por lo demás, no sé por qué tendrían que pasar siempre adelante las llamadas Artes «puras»,—como si todas las artes no lo fueran o no debieran serlo por definición— seguiré, pues, con ellas antes de ocuparme de la pintura y de la escultura e invitaré a mis lectores a acompañarme en una visita retrospectiva a las salas situadas a los dos lados de la sala central del fondo, denominada, durante mucho tiempo, «Sala del Crimen», lo que da una idea de la opinión que tenían los artistas sobre las condiciones que tenía como sala de exposición. En una de estas salas, junto con ejemplares de cerámica y de tapices había varios grupos de fotografías con mucha razón llamadas artísticas, entre las cuales era difícil escoger y declarar cuales eran las mejores; sin embargo, en mis notas había apuntado en el grupo del señor Abel Castañer Fradera unos vigorosos e impresionantes «Troncos de boldo» y un hermoso «Crepúsculo»; en el del señor Cori, ya muy conocido, por los demás, casi todo, pero principalmente, «Cielo y mar», «Reflejos» y varios rincones de puertos; en el del señor Dana, muy distinto de los anteriores por su estilo y su inspiración, una «Cabeza de niño» y una «Serenidad» que justifica su título; y

llegando ante lo presentado por el señor Hochhausler, habría que señalar todo, como, por cierto en el grupo de los señores Mitrovich, Sutil Prieto, Jorge Opazo y Salvador Reyes. En la presentación del señor Quintana llamaron mi atención dos interpretaciones de «Deportes de invierno», el «Embarcadero» y especialmente «Trabajo» que daba la impresión de un hermoso bajo relieve.

Estos grupos de fotografías comprueban cuán justificada es la admisión de fotografías en los Salones de Bellas Artes, ya que, a pesar de su lado mecánico, la fotografía resulta ser un admirable modo de expresión artística, cuando es manejado por un verdadero artista.

En esta misma sala de las fotografías ha sido colocado en muy buen sitio la valiosa colección de «potiches» y jarrones esmaltados ejecutados y presentados por el señor René Mesa Campbell, cuyos progresos en este arte todavía nuevo en Chile, son maravillosos. Aviciándose materialmente y artísticamente con las obras del señor Mesa Campbell, dos vitrinas, encierran las cerámicas populares del señor Hassmann, ya por demás conocidas y los «monos» de estilo de Talagante que los hermanos Román Rojas perfeccionaron hasta el punto de hacer de ellas hermosas y ricas obras de arte, no ya sencillamente populares sino muy conscientemente concebidas y ejecutadas y de verdadero estilo.

Aquí, una pequeña interrupción. ¿Merecían o no, las obras que acabo de señalar ser tratadas con interés y respeto, y no como cosas sin mayor importancia?

Antes de dejar estas salas, re-

servadas a las artes aplicadas señalaré los tapices de la señorita Valencia, cuya exposición recién celebrada en la Galería de Artes «Horizon», obtuvo el mayor éxito y el de gran tamaño y de un estilo muy original y «nacional» de la señorita Schilling Matthey.

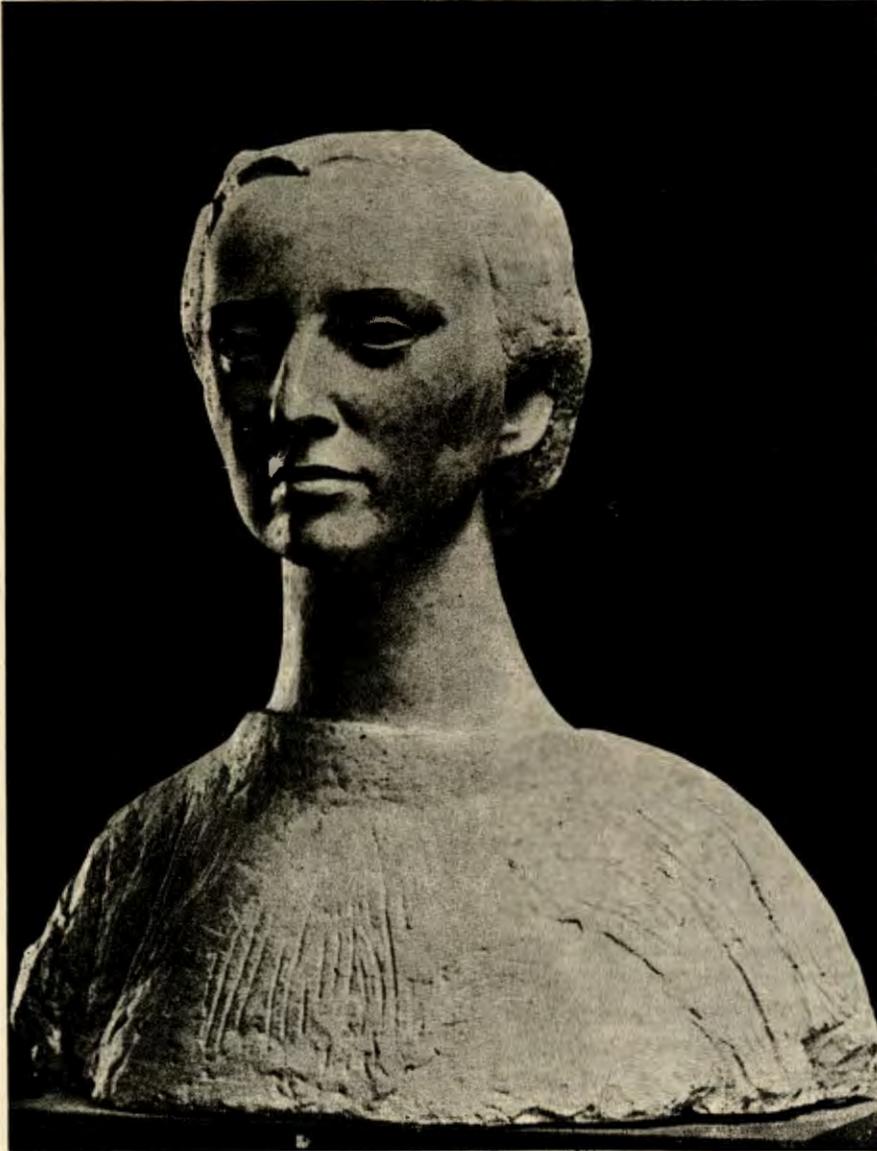
En las mismas salas y a modo de transición entre el arte llamado aplicado, y el arte calificado con el honroso título de «puro», habían sido colocados algunos frescos, dibujos y acuarelas. Los frescos eran pocos, pero los que fueron presentados bastaron para demostrar que esta fórmula de arte tan nueva aquí, y de indudable porvenir en las tendencias actuales de la arquitectura, de eliminación de todos los adornos superfluos colgados en las paredes en favor de los grandes planos sencillos, que esta fórmula—decía—tiene ante ella un luminoso porvenir. El señor Laureano Guevara que hizo en Europa, el aprendizaje de la técnica del fresco en la forma más seria y severa y que, en su cátedra de la Escuela de Bellas Artes está formando discípulos, cuyos progresos son notables presentó, este año un gran trozo «Los estucadores» que apunté en mis anotaciones con estas sencillas palabras: «verdadero fresco» que resume bien lo que quería expresar, es decir, que el autor está ya en completa posesión de su arte y preparado, por consiguiente, para ejecutar en los edificios públicos y privados las grandes decoraciones que es de desear que le sean confiadas, tanto más cuanto que las obras al fresco que presentan este año los señores Echenique, Donoso, de la Fuente y Fajardo demuestran que don

Laureano hace ya escuela y puede encontrar en ellos, para la ejecución de grandes trabajos, auxiliares preciosos antes de ser competidores y émulos, lo que, para el desarrollo de todo arte tiene que ser la finalidad de maestros y discípulos.

Por fin, siempre en estas salas de artes aplicadas, tuvimos el gusto de constatar los grandes progresos que están haciendo en Chile los «acuarelistas», pues entre otras, me encantaron por su ejecución, suelta, liviana y transparente las del señor Abarca, de una evidente superioridad, de la señorita Fresia Morales López, Roberto Echenique, Nangari Simón y Federico Oehrens. En cuanto a las acuarelas de don Ramón Miranda y



Busto por Hänsi Müller



Busto por Lorenzo Domínguez.

Víctor Carvacho H., al mismo tiempo que reconociendo en ellas grandes condiciones tengo que hacerles un serio reparo: parecen verdaderos pastiches de las «go-uaches» del señor Grigoriev, lo que desgraciadamente es el peligro de las influencias avasalladoras de los maestros absorbentes. Colocados entre las acuarelas, he anotado como particularmente dignos de atención y de alabanzas, los dibujos de don Ricardo Gilbert, muy fuertes y de mucho efecto y carácter; una serie de croquis callejeros, realzados con toques de acuarela de don Albino Quevedo, los grabados al agua fuerte y al agua tinta de don Francisco Parada, las ilustraciones del señor Hermosilla Alvarez y los dibujos de la señorita Graciela Fuenzalida, todas estas obras ejecutadas por procedimientos al margen de la pintura al óleo dieron mucha variedad al Salón, como lo están haciendo en el desarrollo del arte chileno, considerado en general. Al hablar de los maestros extranjeros señores Thenot y Rossner, creí deber dirigirles un saludo de bienvenida, porque han sido llamados por el Gobierno chileno para prestar servicios al Estado; tengo que extender este saludo a otro artista extranjero, el belga señor Delhez, cuyos grabados, ejecutados en madera, destinados a ilustrar numerosos capítulos de la Biblia, habían producido una impresión profunda a los visitantes de la exposición organizada, hace poco, en la sala del Banco de Chile. La misma maestría y profundidad en el concepto hemos vuelto a encontrar—lo que era inevitable tratándose de un artista de esta clase—en los ochos grabados exhibidos en el Salón Oficial...

Y ahora hemos llegado—terminando por lo que, generalmente se coloca al principio—a las salas de pintura propiamente dicha. Como lo dije más arriba, lo que en la sección pintura, dió una innegable superioridad al Salón de 1937, es que estuvieron brillantemente representados en él, con obras numerosas y valiosas, pintores ya consagrados por indiscutibles éxitos y cuya personalidad desde hace varios años ha quedado tan bien establecida, que a primera vista, se conoce su estilo y su manera, sin que, por otra parte, se puedan notar en ellos nuevas evoluciones, sino el perfeccionamiento de las fórmulas adoptadas por ellos y que les permiten expresar sus ideas y su sensibilidad en la forma más adecuada para cada uno de ellos, a sus temperamentos muy diversos, y por consiguiente, muy personales y originales; por lo demás, se debe observar que, en este grupo, hay poco interés, o mejor dicho, ningún interés por los cuadros anecdóticos, las escenas que constituyen lo que se llama la «pintura de género»; lo que los atrae es la exteriorización de sensaciones muy fuertes o muy delicadas, pero en todo caso vividas, las ricas armonías de colores, las finuras de la valorización y el carácter de los objetos con los cuales se componen las naturalezas muertas o de los paisajes y de ahí viene el gran malentendido que existe entre los que entienden el arte en esta forma y los—artistas profesionales o público en general—que prefieren las escenas de composición dramáticas, sentimentales o históricas, dando mucho más importancia al tema, en primer

lugar y a la «limpieza» de la ejecución, en seguida, que a la riqueza del colorido, al carácter de los tipos y al vigor de la ejecución. Es para las personas que entienden el arte de esta manera que las naturalezas muertas de Chardin, —pongo por ejemplo—son mil veces más interesantes que cualquier escena, por bien compuesta que sea según los ritos llamados clásicos. Pues bien, como le dije, al empezar este artículo que temo que a pesar de esta palabra, me resultó bastante desarticulado, los «panneau» de un Burchard, de un Ortiz de Zárate, un Bontá, un Strozzi, un Letelier, una señora Mayanz, un Albino Quevedo, tan distintos entre sí por el estilo y la factura, dieron al Salón que acaba de cerrar sus puertas, un carácter de seriedad y de firmeza, tanto mayor cuanto que a las obras de los artistas chilenos que he nombrado, hay que agregar las de los señores Rossner, Thenot y Delhez que obedecen a las mismas directivas artísticas. Del «panneau» de don Pablo Burchard, no se puede decir más de lo que, en varias ocasiones se ha dicho, en otras ocasiones y de don Julio Ortiz de Zárate se debe decir que se impone este año de una manera definitiva. En cuanto al señor Bontá, sería preciso ser ciego para negar que, con sus obras presentadas este año, está afirmando una personalidad, a la cual falta únicamente algo de «souplesse», de soltura, y el poder desprenderse de la influencia todavía demasiado marcada de los cuatrocentistas italianos, para llegar a ser un «maestro» en toda la fuerza del término. Y siempre hablando de los que han presentado un número de obras



Busto por Julio A. Vásquez.

suficientes para formar «panneau» que más se podría decir de lo que se ha dicho y repetido del señor Strozzi, por ejemplo, de don Jorge Caballero que presentó unos paisajes que, dentro de su personalidad revelaban un progreso inmenso sobre sus obras anteriores; de la señora de Mayanz, que representa aquí en una forma asombrosa al arte ruso típico, sin imitar a ningún maestro conocido de esta nación; de don Jorge Madge, que inicia una interesante evolución; de don Jorge Letelier cuya visión se está afinando cada vez más al mismo tiempo que la construcción y la valorización se perfeccionan. En gran progreso tam-



Busto por Lorenzo Domínguez.

bién, bajo este punto de vista, los señores Eguiluz y Cáceres ¿A qué seguir?...

Sin embargo, hay que señalar la reaparición en el Salón Oficial, después de varios años en que se abstuvo de concurrir de don Carlos Isamitt, que, durante ese período se dedicó a otras manifestaciones artísticas y entre otras a la música... El señor Isamitt, como pintor nos ha acostumbrado a constatar en sus obras grandes cambios de manera, de intenciones y de estilo: es a una nueva evolución que nos hace asistir ahora sin que se pueda saber, a donde lo llevará, ya que en ésta nueva manera se matan muchas vacilaciones... esperemos.

Del mismo modo que don Carlos Isamitt, don Ignacio del Pedregal había dejado a un lado la pintura para consagrarse —y en forma brillante, hay que proclamarlo— a otro arte, el de la coreografía. Su presentación de este año al Salón demuestra que no ha perdido nada de las grandes cualidades de personalidad y de franqueza que revelaban sus obras anteriores.

Pero, al lado de estos artistas consagrados, cuya presentación contribuyó tanto a la seriedad y al éxito—para todas las personas de educación artística superior—del Salón Oficial de 1937, sería injusto—aunque, como lo dije, el hecho de que esté clausurado el Salón, no permita ver las obras exhibidas por ellos, haciendo ilusorio el presente artículo de crítica—sería injusto no hacer siquiera una alusión a otros pintores, en pleno desarrollo de su arte y de sus facultades artísticas, como la señorita Ana Cortés que después de ciertas vacilaciones debidas a unas inquietudes artísticas muy respetables y aun muy nobles, parece volver a un equilibrio que le permitirá volver a poner en todo su valor, las notables condiciones que había revelado en la época de sus estudios en la Escuela de Bellas Artes y en sus primeras obras originales; exactamente lo mismo se puede decir de la señorita Inés Puyó, de temperamento tan delicado y de sensibilidad tan afinada y que, en su próximo viaje a Europa conquistará lo que todavía le hace falta: más firmeza en la construcción y la valorización.

El espacio me va haciendo falta y por otro lado, el objeto de este artículo habiendo sido

únicamente el de hacer reflexiones y consideraciones de orden general, a que podía dar lugar el Salón de 1937, podría considerar terminada mi tarea, pero yo encuentro al revisar mis notas varias cosas que deseo no dejar en silencio y aunque tenga sólo el carácter de una enumeración, quiero dejar constancia, que señale como dignas de interés las obras presentadas por don Albino Quevedo, en gran progreso y con un autorretrato de primer orden; don Carlos Pedraza que hace un debut muy brillante, don Carlos de Santiago; don Renato García Pica, don Rafael Rousseau, un pasaje notable; don Danor Salinas, don Eduardo Videla, don Arturo Valenzuela, en plena evolución, sin saber todavía a dónde le llevará; don Enrique Saavedra, don Humberto Martínez y por las señoras y señoritas Victoria Cox de F., un retrato de niño que hace pensar en Renoir; Rebeca Castro, Berta Molinari, Adelaida Shanklin, Lucía Simpson de R. y Berta Smith, y en la escultura la señorita Lily Garafulic.

No puedo poner mi firma al pie de este artículo sin dirigir al viejo y querido maestro español, pintor y escultor don Antonio Coll y Pi, un gran saludo en ocasión de su presentación de este año al Salón Oficial.

Y por cierto desorden que, desgraciadamente, es resultado de un rasgo de mi idiosincrasia (¡qué hermosa palabra!) noto al volver a leer este artículo que había quedado sin señalar el hermoso grupo de telas del señor Czeney, por el talento del cual tuve ocasión, en otra oportunidad de manifestar mi alta estimación y que, en

este Salón se presentó con varios cuadros, entre los cuales se destacaban un retrato de señora, con una preciosa armonía en blanco y un boceto lleno de carácter que me hizo recordar composiciones de Daumier. También por la misma razón apuntada más arriba había dejado de señalar los paisajes de un vigor extraordinario y aun algo exagerado quizás de don Augusto Izquierdo y los del mismo estilo de su esposa la señora Fontecilla de Izquierdo...

RICHON-BRUNET.

PREMIOS DE CATEGORÍA DEL SALÓN OFICIAL DE ARTES
PLÁSTICAS

- 1.ª Categoría: Sr. Augusto Eguiluz y Sr. Marco Bontá.
- 2.ª Categoría: Srta. Hansi Müller, Srta. Inés Puyó y Sr. Héctor Cáceres.
- 3.ª Categoría: Sr. Carlos Pedraza, Sr. Francisco Parada y Sra. Berta Molinari,



«Puerto». Oleo por Enrique López



Paisaje. Oleo por Carlos Isamitt.

PREMIO ESPECIAL DEL H. CONSEJO UNIVERSITARIO

Sr. Julio Ortiz de Zárate.

PREMIOS DE CERTÁMENES

Certamen Edwards

- Premio A. Sr. Héctor Cáceres.
- Premio B. Sr. Lorenzo Domínguez.
- Premio C. Sr. Laureano Guevara.
- Premio D. Sr. Julio Ortiz de Zárate.

Certamen Van Buren

Premio Sr. René Mesa Campbell

PREMIO DE LA I. MUNICIPALIDAD

Sres. Lorenzo Domínguez, Laureano Guevara y Gregorio de la Fuente.

PREMIO DE LA SOCIEDAD AMIGOS DEL ARTE

Srta. Graciela Fuenzalida y Sr. Luis Nangari.

PREMIOS DE FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

- 1.ª Categoría: Sr. Luis Mitrovich.
- 2.ª Categoría: Sr. Ignacio Hochhausler.
- 3.ª Categoría: Sr. Jorge Opazo.